

II Foro #IDEASFAES Valencia

JUEVES 5 DE ABRIL DE 2018

De nuevo en Valencia para celebrar este II Foro de Ideas Faes que se ha desarrollado con brillantez y con la calidad de las intervenciones que aseguraba la calidad de los ponentes.

A todos ellos, quienes han moderado estos diálogos, a nuestros anfitriones y a todos ustedes les doy las gracias por hacer posible este nuevo encuentro que no será el último.

Habrà un tercero y un cuarto foro de ideas Faes porque queremos que estos encuentros en libertad tengan continuidad y permitan tratar aspectos muy diversos de la realidad valenciana y española.

Queremos consolidar esta iniciativa y que esta sea una aportación modesta pero significativa de la Fundación FAES al debate público, una referencia del debate político, intelectual y académico al servicio de la sociedad valenciana.

Lo hacemos de la manera que es propia a una organización de pensamiento, independiente pero profundamente comprometida con los valores de convivencia, con los principios del estado de derecho, de la economía de mercado, y de la sociedad abierta. Comprometida sin reservas con la libertad y la igualdad de todos los españoles y con el sistema constitucional que equilibra la unidad y la diversidad de nuestra nación.

Y esa manera que nos es propia es la de promover los debates, estimular las ideas, integrar en ese diálogo a los que más pueden aportar como se ha visto hoy a lo largo de la mañana.

Es verdad que parece que estos no son buenos tiempos para las ideas. O se dejan a un lado como si fueran una distracción inútil o se sustituyen en la política por el slogan populista.

En todo caso nosotros insistiremos, convencidos de que España también se fortalece pensándola; convencidos de que la acción política tiene que estar asentada en ideas –a ser posible, buenas- si quiere responder a un proyecto perdurable para el bienestar y la mejora del país.

Creo además que esta es una necesidad que se está haciendo más visible cuando tanto se habla -y no sin razón- de crisis de los modelos políticos, de los proyectos ideológicos, de las formas de participación institucional, o del propio sistema constitucional.

No estamos para componer retratos apocalípticos de situaciones sin solución porque no serían ciertos ni harían justicia a la capacidad que ha demostrado la sociedad española para hacer frente a los problemas y a las transformaciones que ha atravesado.

Pero no podemos y no debemos escamotear la gravedad de algunos de estos problemas a una sociedad adulta que mayoritariamente ha demostrado sensatez y serenidad en estos años de enormes dificultades.

Bien sabemos que cuando el dedo apunta a la luna no faltan los que se quedan mirando al dedo. Si a estas alturas no reparan en donde tienen que mirar, poco podremos hacer por ellos. Pero tampoco eso nos va a apartar de nuestro compromiso.

Y creo que este es un momento de gravedad especial en el que se pone a prueba la solidez de nuestro edificio constitucional y las actitudes de los que quieren – de los que queremos- seguir viviendo en él.

Creo que el edificio está dando muestras más que razonables de solidez, por más que algunos se empeñen en que la Constitución es el problema y su reforma la solución. Pero el problema no es la Constitución sino que todos estemos a la altura.

Mi experiencia en la política me ha enseñado que rara vez hay situaciones unívocas y que casi siempre en ellas conviven varias dimensiones de signo distinto.

Tenemos una recuperación económica sólida y equilibrada, en un buen contexto europeo e internacional de crecimiento. Pero esa recuperación tiene todavía que plasmarse en una percepción más generalizada de que las cosas van mejor también a escala personal.

Nuestro sistema político no ha sufrido en la misma medida que otros países europeos el impacto en el modelo de partidos de la emergencia de nuevas fuerzas, algunas desde luego muy preocupantes. Pero también en España la fragmentación se ha impuesto y eso apunta a dificultades de gobernabilidad ahora y en el futuro que los partidos tendrán que resolver.

Podemos contar temporalmente con la fuerza de la inercia de una economía que supera las previsiones de crecimiento tras años de una brutal recesión. Pero no podremos seguir eludiendo reformas que siguen aplazadas.

Pensiones, educación, energía, sector público son asuntos centrales en el que deben concentrarse tanto el impulso político como la capacidad de acuerdo. Sé que decir esto en las actuales circunstancias puede sonar ilusorio, pero que sea difícil no significa que no haya que recordar que además de difícil, es necesario.

Y el hecho de que la sociedad española en su gran mayoría esté respondiendo con un sólido sentido nacional al desafío independentista en Cataluña, no significa que este desafío haya concluido, que haya sido derrotado ni que pueda adivinarse un horizonte de normalidad constitucional y cívica para Cataluña.

Tenemos, pues, oportunidades y limitaciones y un esfuerzo colectivo por hacer para asegurar que España se mantiene en el grupo de cabeza de las mejores democracias, de las economías más consistentes y competitivas, de las sociedades más dinámicas y creativas.

La intentona insurreccional que persiste en Cataluña nos aleja de este objetivo y no sólo por lo que está ocurriendo desde hace demasiado tiempo en esa comunidad sino porque el nacionalismo está actuando como catalizador de una estrategia de desestabilización para destruir la Constitución de todos. Y en esta estrategia, el designio expansionista del independentismo catalán no es un elemento menor ni secundario y apunta claramente a la Comunidad Valenciana.

En España concurren el populismo antisistema y el revisionismo histórico que continua sus esfuerzos por deslegitimar la Constitución y arrastrarnos a desandar el camino que los españoles hemos recorrido juntos para hacer realidad la reconciliación y la democracia.

Pues bien, en Cataluña, el nacionalismo independentista – la tercera de estas tendencias- ha creado una amalgama con populistas y revisionistas, una amalgama destructiva, en primer lugar para la propia Cataluña, pero que aspira a reproducir allí donde se creen las condiciones para ello.

Quiero precisar que hablo de los independentistas catalanes que han creado una situación absolutamente inaceptable, no de Cataluña.

Frente al nacionalismo, yo no apuesto por un duelo de identidades. Al nacionalismo se le hace frente con pluralidad, con capacidad integradora, con la vivencia de una identidad que no excluye a las patrias chicas de la patria grande. Al nacionalismo, cuando pierde el sentido, empezando por el sentido de la realidad, se le hace frente con ciudadanía democrática y una determinación inflexible de defender lo que es de todos.

Tenemos que ser conscientes de que lo que ha ocurrido en Cataluña no es un episodio más de radicalización del nacionalismo. Es un punto y aparte, una rebelión en toda regla. No es la primera vez en la historia que el nacionalismo catalán lo hace y siempre con consecuencias desastrosas. Podíamos pensar que no volvería a ocurrir pero no ha sido así y el nacionalismo ha vuelto a arrastrar a Cataluña a una tragedia.

Cuando hablo de un punto y aparte quiero decir que el nacionalismo ha tirado por la borda los esfuerzos de integración de décadas de desarrollo de autogobierno, de intervención en la política nacional, de un afán genuino de superación de la simple conllevanza para abrir un horizonte de participación en el gran proyecto nacional y democrático de vida en común que es España. No tenemos que arrepentirnos de haber hecho ese esfuerzo que fue también una forma de lealtad al espíritu de la Transición y del pacto constitucional. Pero debemos ser conscientes de lo que ha ocurrido.

Ni el buenismo más despreocupado puede pasar por alto este hecho que es de una gravedad histórica. No queda lugar para suponer buena fe en las apelaciones al diálogo, ni es posible hablar de diálogo con los que han protagonizado la rebelión desde su posición como cargos públicos y han puesto las estructuras de sus partidos y organizaciones políticas al servicio de una estrategia insurreccional.

La España democrática no tiene deuda alguna con el nacionalismo. Más bien al contrario. Como dijo alguien que sabe mucho de esto, el nacionalismo niega en nombre de la identidad, lo que reclama en nombre de la democracia. Los independentistas han llegado a un extremo inaceptable en este doble juego. Ese tiempo ha acabado. Por eso, los deseos de una vuelta a la situación anterior –cualquiera que sea esta- no se van a cumplir. Y añadiría que no deben cumplirse. El juego ha cambiado en Cataluña y en el resto de España y quien no sea consciente de este cambio, quien lo niegue o lo ignore va a chocar, si no está chocando ya, contra una realidad muy sólida: La realidad de que España existe como Nación de ciudadanos y estos no están dispuestos a poner en tela de juicio su continuidad histórica y su futuro de convivencia común.

Ojalá que esta realidad tenga intérpretes adecuados, también en el nacionalismo catalán, si aspiramos a que esa sociedad quebrada repare sus grietas con el respeto efectivo a los derechos de todos. Si no se entiende que España no va a poner en juego su continuidad como Nación, los tiempos seguirán siendo difíciles.

Cataluña necesita el remedio de la ley y el estímulo de una alternativa política amplia frente al independentismo. Y eso también requiere políticos que crean en ese objetivo y lo hagan realidad con generosidad y liderazgo porque liderazgo es precisamente hacer que las cosas cambien.

Hace unos pocos meses tuve la oportunidad de pronunciarme ante los empresarios valencianos en términos que hoy quiero repetir. Dije entonces que la Comunidad Valenciana no sólo ha sido un gran motor de crecimiento económico y de empleo. También ha sido un factor esencial para el equilibrio territorial dentro de nuestro país.

Ha contribuido en una medida muy apreciable a la articulación del sistema autonómico, desde una posición de mayor desarrollo y siempre con voluntad de integrar, de construir y de cohesionar alrededor de lo común. Esto le ha permitido alcanzar el máximo nivel competencial, desarrollar sin fracturas internas sus innegables singularidades culturales y lingüísticas y lograr el éxito de su proyecto de modernización y crecimiento.

Hoy, esa posición de la Comunidad Valenciana es crucial para el futuro del Estado. Y de la misma manera que los sabemos nosotros, lo saben también los que quieren romper ese Estado. En esa estrategia están los convencidos y los compañeros de viaje; esos, los populistas antisistema y los revisionistas de nuestro pacto constitucional que también exhiben en Valencia su cortedad de miras y su incapacidad para dirigirse a los españoles con un proyecto nacional común.

Creo que esta comunidad debe reforzar todos sus activos políticos, institucionales y sociales porque la presión expansionista del nacionalismo va a continuar. Se trata de asegurar de manera creíble a los valencianos que esta sociedad no va a seguir los pasos de ruptura y enfrentamiento civil; que hará de su personalidad propia un vínculo firme con el proyecto común de España; que no renunciará a las oportunidades de desarrollo y bienestar en el marco de la Unión Europea; que no mentirá a sus ciudadanos con un espejismo destructivo.

Y eso hay que hacerlo desde las instituciones pero también desde la sociedad civil. No olvidemos que el nacionalismo encierra un proyecto de hegemonía en la sociedad civil, de ocupación de todos sus espacios, mucho más allá de su representatividad real. Es necesario, por tanto, que sea la propia sociedad civil, en una comunidad donde este tejido es fuerte y está desarrollado, la que exprese una clara determinación de convivencia sin la cual nada positivo es posible.

Debates como los que hoy hemos tenido y otros que vendrán quieren servir a este propósito que me satisface mucho reafirmar ante ustedes, en Valencia.